

En el centenario de *De sobremesa* de José Asunción Silva

DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.lyl.n89a01>

En este año se cumple el centenario de la publicación de la novela *De sobremesa* de José Asunción Silva. Impresa por Casa Editorial de Cromos («se tiraron cincuenta ejemplares en papel pergamino»), casi treinta años después de su fallecimiento trágico (se disparó en la noche del 24 de mayo de 1896 incurriendo en pecado nefando para la muy católica sociedad precedida por don Miguel Antonio Caro), sus manuscritos han corrido la suerte adversa de su desaparición.¹ La escandalosa novela pasó casi tres décadas inédita y subvalorada por más de sesenta años. Para el centenario del fallecimiento de Silva (*Obra completa*, Archivos UNESCO, 1996), correspondió a Gabriel García Márquez honrar el segundo sepelio doble (el del poeta y su novela) en sus páginas escritas en Cartagena de Indias «En busca del Silva perdido».

El sicalíptico *locus amoenus* de enunciación pareció no favorecer la intención del Premio Nobel, a saber, encontrar el significado subconsciente de *De sobremesa*, del verdadero José Asunción Silva que se ocultaba y no en el protagonista de la novela José Fernández y Andrade. Para el crítico García Márquez los lectores de la novela póstuma de Silva han pasado por alto el hilo narrativo que «menos se ve en el libro: la búsqueda de Helena» (1990, p. XXVIII). Por el contrario, el motivo no se le escapa ni al más ingenuo lector (a no ser que tenga un ejemplar mutilado), y, que, dicho de otro modo, es el motivo mariano de la búsqueda del verdadero amor (para nuestra tradición literaria, el afín al de Efraín de *María*)² en medio de la tremenda depresión que padecía el libertino y decadente protagonista, José Fernández. Es el hilo pues que «más» se ve en el libro. Es decir, la trama narrativa de la busca, no pocas veces en paroxismo delirante, de su salvación como exquisito burgués (poeta/filósofo/empresario) al desposarse con la inmaculada condesa quinceañera Helena de Scilly-Dancourt.

¹ El primer manuscrito de *De sobremesa*, sucumbió en el naufragio del *Amérique*, en que viajaba Silva de Caracas a Barranquilla... A instancia de su amigo Hernando Villa, reescribe la novela que va a servir de base a la primera edición de 1925 y una segunda sin fecha. Tras esta, desaparece definitivamente el manuscrito hasta hoy, solo salvándose las planchas de la primera edición.

² En esa memorable ocasión leía las *Soledades* de Sully de Prouhomme.

La atención del crítico García Márquez a la dama inmaculada Helena, una transfiguración de un cuadro tardomedieval (Fra Angelico), obvia la consideración de la otra cara de la figura femenina (si nos permiten la convencional nomenclatura del análisis literario), es decir, obvia la mención de la serie de exóticas amantes, mujeres de mundo parisinas, que el dotado, buen mozo, encantador trotamundos de la zona tórrida, José Fernández, complace con sus excesos sexuales y contaminando de opio, sin no dejar de apuñalar a una (al sorprenderla entrelazada en un abrazo lésbico) y la otra al punto de ahorcarla luego de orgías perpetuas. La sexualidad bipolarizada de Fernández/Silva entre la intocada esotérica helvética condesa mariana y las queridas lascivas sensuales parisinas no debe sorprender en la novela. Es un *topos* de la época del II Imperio francés, pero también un complejo cultural latinoamericano. El macho sexual latino es, al mismo tiempo en su alma perturbada, un devoto de la virginidad. Es propia del complejo de la vida sexual que se mueve entre los imaginarios de herencia colonial y del que no escapó el imaginario erótico del novelista de Macondo. Su vida sexual, según múltiples testimonios (uno de sus mayores es su lastimosa novela *El amor en los tiempos del cólera*), se debate entre estos ideales contrapuestos.

La lectura del magistral *Casa grande y senzala* (1933) del antropólogo brasileiro Gilberto Freyre nos sumerge en este complejo cultural de hondas raíces coloniales, con insolubles consecuencias. El señor de hacienda, de purificado linaje racial, busca y casa con una legítima mujer de comparativos abolengos irrecusables. Es mujer pura, virgen, cuasiimpúber, blanca, en lo que da el complejo racial lusitano en América, destinada a procrear y mantener impoluta la línea de poder de los dueños de infinitos territorios en el Brasil tropical (nordestino), bajo su férula indomeñable. Mientras la amante, quien otorgaba el placer (especializada en todas las artes sexuales) era la negra esclava, la sensual querida, que le daba la descendencia mestiza y, complaciente, era la nodriza, la partera etc. Señor de hacienda, la casa grande era la residencia del amo semiseñorial; representante del rey portugués, su empresa de explotación agrícola (con base en la caña de azúcar), era a la vez iglesia, banco, cementerio, es decir, un *ordo* propio. En afín tipo patrimonial-patriarcal (ya sin la mancha de la esclavitud abierta), que se sustenta en el arquetipo aristotélico/misional de la comunidad semiseñorial, sueña también José Fernández al retornar a su patria y asentarse en felices nupcias a las orillas del Salto de Tequendama, hasta donde se extienden sus extensísimas propiedades rurales.

En otros pasajes, el cosmopolita José Fernández desvaría alternativamente al desear ser un dictador progresista para Colombia (su paradigma en entrelíneas llegó a ser Porfirio Díaz para México). Estas dos imágenes son complementarias: la nostalgia por el mundo social, que sustenta una visión teológicamente placentera de la acendrada aristocracia criolla, en una situación de crisis que trata de librarse con una «proyección fantástica» (para usar un término central de *El miedo a la libertad* de Erich Fromm), por virtud del delirio de grandeza que padece intermitentemente José Fernández.³ Respondía Silva con fina arrogancia literaria, con desafío mundano intelectual, con *De sobremesa* (que es diario, epistolario, subrepticia autobiografía, literatura intimista) a una adversa situación económica límite. Su heroísmo intelectual es intimista, velado, «romántico». Por esta razón tratar de descifrar sus personajes ficcionales de la aburrida selecta sociabilidad capitalina de Silva o personajes de sus lecturas predilectas (María Bashkirtseff o Barrès) es tarea crítica necia, innecesaria pesquisa detectivesca. Sus personajes son trasfiguración literaria, literatura en el sentido acabado de la palabra, simbolismo y creación estética.

Hasta la generación de García Márquez nacido en 1927 (que es la generación de mi padre) la iniciación sexual de los hombres se hacía, casi sin excepción, en los prostíbulos.⁴ Los motivos del universo de las «putas tristes», se recrean igualmente en la pintura de Fernando Botero, o, una generación anterior, en la novela *Una mujer de cuatro en conducta* de Jaime Sanín Echeverri. El amor puro, la figura virginal se reserva, como en el caso del mismo García Márquez para su esposa Mercedes Barcha (se conocen en 1941 y se casan en 1958 en la iglesia del Perpetuo Socorro de Barranquilla), la única madre de sus hijos legítimos. El síndrome cultural de larga duración explicable de la bipolaridad erótica de Fernández/Silva en *De sobremesa* es comparativamente penoso (roza la cursilería en esta noticia de centenario del fallecimiento del poeta de los «Nocturnos») para el del autor de *Cien años de soledad*.

La oportuna mención que hace García Márquez al terapeuta del fracasado poeta/exitoso empresario, es decir, a Sir John Rivington (solo un gran galeno inglés podría diagnosticar lo obvio y pasar por sabio, a saber, que la enfermedad crónica de José Fernández era propia de los excesos característicos de un rastacuero hispanoamericano en sus años

³ Es la fase inicial de crisis del «mundo de ayer» (el ciudadano José Asunción Silva estaba en quiebra), honda y larga crisis político-social que completa, en la historia de Colombia, el estallido social de la Masacre de las Bananeras, muy poco después de la publicación, con gesto anacrónico, de los 50 ejemplares de *De sobremesa*, «en papel pergamino».

⁴ Nuestra generación ya gozó de la «revolución cultural» de los sesenta (que ha estudiado Tirado Mejía), del revolcón de «love and peace».

de ocio europeo), pasa por alto un detalle sobresaliente que hoy sería obligatorio insinuar. El método practicado por el Dr. Rivington se mueve entre el convencional chequeo de consulta médica y la novedosa semi-esotérica inspección de la atormentada *psique* del paciente, tratando de perforar las raíces inconscientes de sus padecimientos múltiples y, al parecer, sin cura prevista. El sabio consejo curativo del Dr. Rivington es lo contrario al intrincado procedimiento: casarse con una mujer que ame y establezca formalmente una familia. Este consejo pío responde, como antídoto vital/moral, al mal de la época, es decir, a contrarrestar la difusa y patológica melancolía del *dandy* José Fernández/Silva. El elegante, ocioso, libertino, decadente, mundano, en pos de su estabilidad y salud física, ataba así la salvación cristiana de su alma pecadora con una receta tan popular como una celestina.

Así pasa por alto García Márquez una consideración que cualquier crítico debería tener en cuenta en vista de la historia de la medicina. Para esos años y para similares casos o afines de perturbación mental, tan propias de las sociedades burguesas de fin *du siècle*, los doctores Josef Breuer y Sigmund Freud acudieron a su experimental método catártico y publicaron en Leipzig/ Viena *Studien über Hysterie* (1895). En otras palabras, las nuevas técnicas no convencionales, muy cercanas en ocasiones a la charlatanería y al pseudo-misticismo que ponía en práctica el doctor Rivington de *De sobremesa*, no eran tan excepcionales. Rivington, en virtud de su «fe escalofriante en su ciencia» (GGM) en la novela, se llena los bolsillos con sus inciertos diagnósticos a José Fernández. La fe en la ciencia médica, con su tradicional dicotomía conflictiva entre el cirujano y el internista, se volatilizaba en la indagación especulativa cuerpo y psique (o inconsciente).

García Márquez, en fin, tacha como «primera falla» de la novela de Silva el haber bautizado a su acaudalado y brillante personaje, «de éxito inmenso en los amores ocasionales» (que son también atributos del comentador) con el «nombre genérico» de José Fernández. Al «plop» de Condorito que motiva el comentario de un experto en novelística, basta decir que este también portaba un segundo apellido, Andrade. De esta doble y encontrada raíz genealógica, infiere el novelista Silva el cariz ambivalente, las violencias interiores que desgarran a su personaje. Del paterno, brota una veta hispánica, de poetas y místicos del siglo xvi y xvii; del materno, nace el vigor físico, la fuerza genesiaca de los llaneros venezolanos, directos descendientes de los lanceros de Páez. Las virtudes narrativas de esta mezcla biológica explosiva, las explora Silva con los recursos propios de la época positivista (que no conocía la antropología cultural del siglo xx), las boberías de García Márquez se

podrían atribuir al ambiente malsano intelectual que le dejó publicar esta desacertada noticia muy innecesaria sobre el novelista Silva y su magistral *De sobremesa*.

De sobremesa, escribió Rafael Gutiérrez Girardot para esa misma ocasión conmemorativa del centenario de la muerte de Silva, pertenece a la «novela de artista», es decir, a una modalidad de novela surgida en el romanticismo alemán, y cuya expresión más representativa es *Lucinde* (1799) de Friedrich Schlegel. Las «afinidades electivas» de Silva con *A contrapelo* de Joris-Karl Huysmans (un ejemplar de la escandalosa novela la recibió Silva en París de manos de Mallarmé) saltan a la vista con un simple cotejo. Esoterismo, pesimismo, nihilismo entreverado, eran un conjunto de antivalores desafiantes. *De sobremesa* se contuvo al filo del abismo. José Fernández y Des Esseintes son ricos ociosos, aristócratas eruditos distinguidos, en conflicto con la vulgaridad de la sociedad burguesa (que en el caso de la Bogotá de fin de siglo era incipiente: una Atenas de iglesias, conventos y beatería que soportaba «El Tradicionista» del fanático Caro, quien nunca posó su musculatura para Praxíteles). Los dos artistas decadentes.⁵ Era Silva un *dandy* sin el trasfondo de las barricadas del 48 y prostíbulos de Baudelaire; transeúnte en una Bogotá, rezagada y miserable sin las grandes perspectivas del barón de Haussmann ni *sans-culottes*.

Silva mantuvo sus modales sociales intachables, leyó hasta sus últimos instantes de su refinada existencia intelectual, pagó las deudas de la quiebra familiar, se enamoró (¿?) de su hermana Elvira (motivo que explora narrativamente *Los felinos del canciller* de R. H. Moreno-Durán), se vistió con elegancia exquisita que sedujo al erudito Baldomero Sanín Cano y de la que se mofó innoblemente el novelista Tomás Carrasquilla. ¿Se quitó la vida? o ¿se suicidó? (su cadáver fue sepultado al lado del basurero municipal). Solo superó la incompreensión al Silva *dandy*, Juan Ramón Jiménez. Muchos motivos pues para releer *De sobremesa* y reactualizar una discusión crítica.

Profesor Juan Guillermo Gómez García
Director

⁵ En *De sobremesa* se contraen en más breves incisos narrativos las discusiones y divagaciones eruditas de Huysmans. Una diferencia notable es que Silva no se atreve, como Des Esseintes, al detenido examen dialéctico entre catolicismo y sadomasoquismo, es decir, patologías que se condicionan mutuamente. Examen, dicho de paso, que en este preciso sentido tampoco aborda el poeta y ensayista Jorge Gaitán Durán en su sugerente *Sade* («Mito», 1960).